

pulturero, ¡también ha sufrido mucho! ¡Esta miserable humanidad, que en todas direcciones, y por todos aspectos, se encuentra siempre trabajada! ¡Este infeliz anciano, con un genio tan franco, jovial y sencillo; y sin embargo, haber perdido á su esposa y cuatro hijos, en tan corto tiempo! ¡Habérsele extraviado otro! ¿Qué carrera vil y peligrosa será la que abrazó, y que, según parece, ha afectado vivamente á su padre? El tiempo aclarará este misterio. No me pareció oportuno intentar descorrer el velo, que lo cubre.

Adiós, amigo y hermano mío. Jamás me olvido de las personas que me son tan queridas; y á todas ellas escribo siempre, por separado, reservando para tí mis confidencias más íntimas. Adiós, otra vez.



CARTA VII.

Antonio á Manuel.

San Lázaro, 13 de Marzo de 1824.

Querido mío. Este afán que nos escuece vivamente, este afán de ocultarnos á nosotros mismos y de ocultar á los demás, nuestras propias miserias; en el pobre lazarino es enteramente inútil, porque parece que todo conspira á echarle en cara, de una manera oprobiosa, su abyecta condición, por más que se empeñe en hacerla olvidar á los otros, ya que no puede conseguir para sí tan débil y mezquino consuelo. De aquí proviene cierta lucha interior, en la cual, si no hay una buena dosis de resignación y paciencia, el lazarino viene á ser una víctima miserable, que no siempre provoca la compasión de sus se-

mejantes, porque no todos nuestros semejantes tienen el mismo grado de filantropía. De allí, esa tenacidad con que quiere ponerse en contacto con todo el mundo, dar la mano á los que encuentran en su tránsito, estrechar contra su pecho á los amigos y conocidos, y exhalar su pestilente aliento sobre cuantos se le acercan. ¿Llevará en ello la intención de pravada de causar algún daño? ¿Quiere excitar la susceptibilidad ajena, para ganarse en el martirio que cause? ¿Desea que todos participen de sus atroces sufrimientos? ¡Oh, no, seguramente no! Busca un rostro benévolo, un prójimo deferente, un ser compasivo, alguno, en fin, que en su aspecto le signifique, bastante para él, que no cree en la malignidad de su mal, que no se horroriza de su aspecto, que no tiene asco á la fetidez que exhala, ni teme el funesto contagio. Regularmente, el éxito de semejante tentativa es terrible y desconsolador; y el infeliz lazarino recibe, uno tras otro, una serie de desencantos, que excitan su mal humor y lo convierten al cabo, en un misántropo que huye de todos, como un animal hoscó y bravío, y esquivo á sus compañeros, como si viese personificado en ellos un atroz epigrama contra su situación. En este caso, la religión es su único apoyo, porque la filosofía misma no es bastante para mitigar la horrenda desesperación

en que irremisiblemente caería, sin el auxilio de aquella.

Por eso me decía ayer el padre capellán.

—Amigo querido: si en la vista y hallazgo de ese prójimo deferente, busca usted todos sus consuelos, y tiene la esperanza de hallarlos.... poco es lo que puede usted adelantar. El egoísmo.... ¿Sabe usted de lo que es capaz el egoísmo?

—Ya lo comprendo, padre mío. El egoísmo me ha relegado aquí, me ha excomulgado, me ha arrancado friamente del seno de mi familia, y de los brazos de la tierna amistad, para atarme contra una roca, como á Prometeo, hasta que un buitre acabe de rasgarme las entrañas. Es decir: me he sumido en San Lázaro, hasta que la lepra dilacere todos mis miembros, y termine mi dolorosa existencia.

—Bien. Yo no quiero contradecir esos conceptos, que, hasta cierto punto, son justos. Al contrario, quisiera que usted se fortificase en ellos; pero no para aborrecer á la pobre humanidad, que, por lo regular, no tiene la culpa de ciertos vicios, que han llegado á ser orgánicos. El cristianismo, sin embargo, ha hecho una gran revolución moral; y su influencia, más tarde ó más temprano, cambiará del todo la faz de las sociedades. Busque usted, pues, esos consuelos en sus buenas ac-

ciones, en su conciencia y en su corazón. Búsquelos usted, y los hallará, allí...

Y me designaba la santa Biblia, colocada sobre mi mesa. En aquel momento la fisonomía del buen eclesiástico aparecía casi radiante, de bondad y de caridad cristiana... de esa caridad que, como dice S. Pablo, "todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, y todo lo sufre." Y en vez de huir, como el pescador a quien libré de una muerte segura, ó de esquivarme, como el mendigo que recibí de mí una limosna; aquel hombre singular, para quien no tenía yo otro título que la fraternidad cristiana, me estrechaba cariñosamente contra su corazón, y lloraba lágrimas de amor sobre mis lívidas facciones. ¿Cómo, en tales momentos, habría dejado de sentir un consuelo inefable? ¡Ah! Yo no dudo que en todos los siglos, y en todas las creencias, se encontrarán á menudo, hombres poseídos de un sentimiento profundo de benevolencia hacia sus semejantes; pero sólo el cristianismo, esta institución de fe y de caridad, nos ofrece, como base de su espléndido edificio, el amor á nuestros semejantes. ¡O religión de paz y filantropía! Yo pido á su fundador divino, que me confirme en su fe santa, porque yo solo quiero creer, amar y adorar. Si ha podido existir en mí un mal reprimido sentimiento de duda sobre el porvenir, desaparezca, desde hoy

para siempre jamás. ¡Dios mío: qué fuera de una infeliz criatura, de un pobre leproso, atribulado, afligido, oprimido de dolor y de angustia, si no tuviese la seguridad de otra vida, y en ella fijase toda su esperanza! ¡Qué tormentos, por más vehementes y agudos que pudiese inventarlos la imaginación más exagerada, serían comparables á los que causaría una situación semejante! ¡Ah, no! Bendito sea el Dios de nuestros padres y nuestros abuelos, porque sólo ese Dios es el único consuelo de la miserable humanidad.

Desde que medito en estas importantes verdades, y reflexiono en la vanidad del mundo, siento un alivio inexplicable, y encuentro mejorada mi condición. Porque, Manuel mío, dirigir los ojos al mundo, en demanda de consuelos, no es otra cosa que afanarse inútilmente, hallando, en vez de lenitivos, nuevos dolores, y amarguras sin término. Sumida la generalidad de los hombres en sus negocios, ó, más frecuentemente, en sus pasiones, pocos hay que se conduzcan de la humanidad que sufre y padece, cuando hasta su solo aspecto, tal vez porque les recuerde su fin tan temible como inevitable, les causa horror y repugnancia. Sí: es una verdad que, para la mayor parte de los que nos rodean, somos indiferentes; y aun las pocas almas compasivas, no siempre pueden, cuando lo quieren, con-

tribuir á aliviar nuestros padecimientos; porque, ó se los impide una irresistible preocupación, que no les da ni valor para entrar en un examen; o la disposición de sus órganos no sufre nuestra inmunda y asquerosa presencia. Puedes de esto inferir, cuán profunda será mi gratitud respecto de este buen eclesiástico, del doctor Frutos, y de nuestro amo Germán, de este viejo y leal marino, que es mi constante compañero, en todas las excursiones que hago fuera del hospital. ¡Qué alma tan noble y tan honrada posee! Su conversación, sembrada á veces de natural originalidad, á veces seria y reflexiva, siempre es amena, curiosa y variada. El me relata, con entusiasmo, sus campañas navales, sus aventuras marítimas, y los lances más críticos de su vida, empleando al efecto ese peculiar frasesismo de las gentes de mar, que para comprenderlo, se necesita el hábito de tratar con ellas. El me llama la atención sobre los puntos de vista más interesantes; y no hay caleta, pequeña ensenada, promontorio, punta ó colina, acerca de los cuales no sepa alguna historieta, que no siempre tiene un término feliz, pues que muchos de los personajes concluyen por morir ahogados.

Quieres, según me indicas, saber cuál es la distribución que hago del tiempo, y en qué lo empleo. Bien: voy á compla-

certe. Levántome á las cinco de la mañana, y elevo al Señor una plegaria por mi padre, por mis amigos, y por todos mis semejantes, y pidiendo para mí lo que sea más conforme á su voluntad santísima. Un pobre lazarino, que me sirve de mozo, me trae en seguida el desayuno, que tomamos juntos Regino y yo. Luego salgo, y voyme á dar un largo paseo, ó por las orillas del mar, ó á las vistosas colinas, ó á las haciendas de campo inmediatas. Vuelvo, y almuerzo, siempre en unión de Regino, que es mi constante compañero en casa, pues el infeliz aun no puede salir del hospital, ni tampoco es mucho lo que en ello se empeña. En adelante leemos, conversamos con el capellán, y visitamos, en unión suya, á todos los enfermos que están en cama. Comemos á las dos, y reposamos hasta las cuatro y media de la tarde. A esa hora, vuelvo á empuñar mi bastón de ébano, y salgo en busca de nuestro amo Germán, que estoy seguro de encontrar siempre en la puerta, esperándome. Paseamos hasta muy entrada la noche, y pasamos lo restante del tiempo, hasta las diez, hora en que nos recogemos, en pláticas y ejercicios piadosos. He allí mi método de vivir. Mientras yo leo, Regino se ejercita en hacer algunas obras curiosas de carpintería, en que es muy diestro, lo cual no le impide atender á la lectura, y hacer

sobre ella muy justas y sólidas reflexiones.

Las familias se desbandan á centenares de la plaza, por la aproximación de la columna volante que las amenaza. El hospital, como debes suponer, experimenta los inconvenientes que produce semejante estado de cosas; y hé aquí por qué las lamentables ocurrencias del día, de las cuales no querría ni acordarme, nos son doblemente sensibles. El doctor Frutos, llamado por sus deberes al lado de su familia, tendrá que marcharse lejos de aquí, según me ha indicado, con gran sentimiento mío, pues que esto probablemente trastornará mi modo de existir, que experimenta notable mejoría con su asistencia. Nuestro amo Germán me comunica todas las noticias del día, haciendo de ellas muy graciosos comentarios. Yo suelo reirme de sus ocurrencias, y lo dejo explayarse.

—Mire usted qué brillante y despejado aparece el horizonte, me decía en una de estas tardes: el navío llegará al puerto, bajo la dirección de un insigne piloto que dice, y repite, para animarnos, que es “trágico por temperamento.”

—Y esto, ¿qué significa, nuestro amo?

—¿Lo entiende usted? No, ¡eh! Pues así lo entiendo yo. Salvo que con esto nos anuncie, que sería muy hombre para ma-

tarse á sí mismo, y despachar á los demás al otro barrio.

—rero esa es una explicación horrible.

—Pues explíqueme de otro modo, lo que indica eso de ser “trágico por temperamento.”

—No lo entiendo, nuestro amo: mejor sería que pensáramos en otra cosa, porque las de este género, ya comienzan á disgustarme. Triste es, por cierto, presentar un programa tan extraño, y tan incomprendible. Pasearemos, si á usted le parece bien.

—Sí: pasearémos.

—Pero: ¿á dónde hemos de dirigirnos hoy? Todos los puntos inmediatos nos son muy conocidos; y aunque yo quisiera subir á San Miguel, el destacamento habrá de impedirme la entrada, porque ¡ya lo ve usted!, no soy más que un lazario.

—En llevándole yo á remolque, nos veríamos en ello.

El buen viejo se había armado de valiente, y pretendía llevar adelante el proyectado paseo. Pero, felizmente, logré disuadirlo, y digo felizmente, porque no sólo me libró, en esa tarde, de un mal rato, sino que para compensarme el disgusto momentáneo que me causaba el pensar en los inconvenientes de la enferme-

dad, discurrió otro paseo que, según me dijo, iba á asombrarme.

—¡Asombrarme!, le repetí.

—Sí, señor: como suena, y cuando yo le digo que ha de asombrarse, es porque sé que así ha de suceder. Sígame las aguas, y luego, luego arribaremos, y si no queda usted satisfecho, que pierda yo el nombre de Germán, que llevo hace sesenta y un años.

—Pues marchemos.

—Bien: navegue usted conmigo en conserva y á toca penoles, porque voy á ceñir de suerte, que sólo yo he de saber el punto de la recalada.

Y comenzamos á andar por el camino de Buena-vista. Cejando un tanto sobre la izquierda, nos internamos en un bosquecillo espeso y frondoso: el terreno comenzó, muy pronto, á ser algo difícil, y las escabrosidades que ofrecía, ya me fatigaban. Subíamos, y por cierto que no era por senda alguna, porque ni vestigio había de ella sobre el terreno que pisábamos.

—A la verdad, creo que nos extraviamos: gritéle derrepente á mi guía, que marchaba silencioso.

—Es difícil.

—Pero si usted no solamente no sigue senda alguna, nuestro amo, sino que evita las que solemos encontrar al paso.

—No importa. Si no fuera yo práctico

en estas costas, ¿había de venir mandando la maniobra?

—Pero ya me cansa esta subida.

—Mejor: así le agradará más el espectáculo que va á presenciar ahora mismo.

Saltábamos de risco en risco, y para evitar una caída, que me descalabrara irremisiblemente, tenía necesidad de los auxilios del buen viejo; y á veces me sujetaba de las ramas. Salimos, en fin, del bosquecillo á una hermosa explanada.

—¿Qué es esto, nuestro amo?, preguntéle al viejo, exhalando un grito de admiración.

—“La Eminencia:” me respondió.

Ciñe á Campeche, por la parte de tierra, un semicírculo de colinas de poca elevación. La ciudad, sus hermosísimos barrios, y algunas casas de campo, yacen á las faldas de este magnífico y espléndido anfiteatro, que termina á la lengua del agua. Destácase de este ceñidor una colina, que se interna en el barrio de San Román, dominándose, desde ella, toda la población, los campos inmediatos, y el mar. Esto se llama la “Eminencia.”

Todavía no puedo concebir, cómo un punto de vista, el más pintoresco, sin duda, de los que hay en el país, sólo se encuentre frecuentado por los leñadores, por uno ú otro cazador, y por algunos muchachos que viven á las inmediaciones.

Los extranjeros llegan á Campeche, y se vuelven, sin visitar esta pequeña altura, porque ningún habitante de la población se empeña en hacerle saber el tesoro de preciosas vistas, que presentan. Yo no podré hacer de ellas, Manuel mío, una descripción; pero trazaré un ligero bosquejo, para inducirte á no malograr la oportunidad, si alguna vez vienes á Campeche, de presenciar este magnífico espectáculo, que lo es tanto más, cuanto que en un terreno tan llano, como el nuestro, la monotonía del paisaje es triste y enfadosa.

Serían las cinco de la tarde, cuando llegamos á la cima de la "Eminencia," que, por aquel rumbo, distará, me parece, cuatrocientas toesas del ángulo más saliente de la plaza, que es el baluarte de S. Juan. Reinaba, en aquel momento, una fuerte brisa, que nos transmitía el ruido del mar, el de los árboles, y aun las voces de los que andaban por las murallas. El cielo estaba brillante y despejado; y los rayos del sol, que declinaba, se reflejaban allá, á lo lejos, en el mar, produciendo á la vista un efecto inexplicable. A nuestros pies se desarrollaba, en todas direcciones, un vasto diorama, sobre el cual todo parecía moverse y animarse. A la derecha se prolongaba, en una dilatadísima abertura, el barrio de Santa Ana, descansando la vista en el Limonar, y el cas-

tillo de S. José. A la izquierda, el barrio de S. Román se presentaba diseminado en un bosque de cocos; y al través de sus ondulantes palmas, el campanario de la pequeña iglesia, y los edificios dados de blanco y azul, parecían agitarse en movimientos diversos. Allí estaba también el hospital de San Lázaro. En el fondo del cuadro, el paisaje era de un efecto magestuoso y sorprendente. Su primer término, era formado de coposas arboledas, bordadas por los solares y caseríos. Mas allá, extendíase la plaza amurallada, y coronada de baluartes, descollando, sobre ellos, muchos y elegantes edificios particulares con miradores, templos, cúpulas y campanarios, elevándose, hasta una considerable altura, la gentil torre de la parroquia, que dominaba todo aquel riquísimo y esquisito mosaico. En último término aparecía el mar, el mar que, desde aquel punto, tenía no sé qué de mágica grandeza. Se me figuraba que repetía en su superficie tersa y limpia, todos y cada uno de los infinitos objetos que veíamos en aquel tapiz de verdura. Las barquillas de los pescadores, que vagaban en los confines del horizonte, se presentaban como blanquísimas palomas, que volaban de uno á otro lugar. El conjunto era superior á lo que yo pudiera decirte. Sólo un pintor, ó un poeta, pueden revelar los misterios de la "Eminencia."

Extático contemplaba aquel espectáculo, de un género nuevo para mí. Mi admiración subió de punto cuando el sol, bañando con sus rayos horizontales todo aquel vastísimo panorama, parecía lanzar sobre él torrentes de fuego, precursores, sin embargo, de la obscuridad con que ya iba á encubrirse, como bajo un manto negro y fatídico; así como una lámpara, próxima á extinguirse, brilla con una luz más viva. Llegó la noche, en efecto, y apenas se percibían, allá á lo lejos, en el ocaso, los últimos arboles del crepúsculo espirante. Mudóse entonces la decoración, y la escena quedó transformada. Nuestro amo Germán guardaba un silencio religioso, mientras que, sentado á algunos pasos de mí, tenía clavada la vista en el último número del cuadro, es decir, sobre el mar, que en aquella hora, y desde aquel sitio, más parecía un ancho y dilatado abismo. Estaba entregado á una meditación profunda, ó tal vez dirigía al cielo alguna plegaria respetuosa, en favor de su esposa y de sus hijos ya difuntos. Yo no me sentía con valor para interrumpir una actitud tan solemne. Recostado sobre una laja extendida, ya no era una realidad, sino una serie de vehementes ilusiones, la que estaba ejerciendo en mí un influjo poderoso. Las torres y miradores, se me figuraban gigantes embozados, que guardaban una ciudad

encantada: las colinas, eran escarpadísimas montañas: los árboles agitados por la brisa, espectros que vagaban siniestramente. La obscuridad, el brillo pálido y débil de los astros nocturnos, el chillido del buho, el volar incierto de algunos pájaros, las exhalaciones que caían sobre aquellas alturas, el bramido del viento, el lejano rumor que brotaba de un pueblo agitado actualmente en una convulsión política; todo esto contribuía á dar diferentes giros á mi imaginación, demasiado exaltada ya con las impresiones anteriores.

De improviso, todo ese cuadro se encontró iluminado con una luz rojiza y subitánea, como la de un relámpago, volviendo á sumergirse al instante en la más densa obscuridad. En pos, llegó hasta nosotros un fuerte estampido, que las rocas, las colinas y todas las cavidades de aquel terreno, fueron repitiendo en prolongadísimos y espantosos ecos. Jamás había escuchado una detonación tan robusta, tan grave, y de una vibración tan extraña é irregular. Aquella tremenda conmoción duró más de dos minutos; y entre tanto, mi estupor había llegado á su colmo, y me encontraba á punto de desfallecer, porque, realmente, aquello no me parecía un suceso común ni ordinario. No era una tempestad, porque la atmósfera estaba limpia y despejada, y aun no

ha llegado la estación de ellas. Tampoco la erupción de un volcán, porque no existen montañas en toda la península. Es, no hay duda, dije para mí, uno de los grandes cataclismos, que deben preceder á la destrucción final del universo. Aun no me resolvía á moverme del sitio en que estaba clavado, cuando un nuevo relámpago, seguido de otra formidable detonación, me hizo estremecerme y horripilarme. No hubo remedio: el pavor me sobrecogió: lancéme hacia donde estaba el sepulturero, y abrazándolo con todas mis fuerzas, gritaba:

—¡Nuestro amo, nuestro amo!

—¡Cáspita, que no ganamos para sustos! ¿Qué es esto?, ¿qué tiene usted, mi querido Antonio?

—¿No ha oído usted, nuestro amo?

—¡Qué! ¿Los dos cañonazos? No tenga usted cuidado: será algún aviso ó señal que hace la plaza. Esto es muy común y la cosa no vale la pena de asustarse tanto.

—¿Qué llama usted cañonazos, nuestro amo?

—¡Me gusta la pregunta! ¿Si será que estaba usted tan embebido en sus cavilaciones, que no los hubiese escuchado, creatura de Dios?

—Yo, sí: he escuchado un ruido espantoso, tremendo, extraño, que me figuré fuese una cosa sobrenatural y estupen-

da; pero, perdone usted, nuestro amo: yo no he oído cañonazo alguno, no; porque es imposible que el horrible estruendo que acaba de pasar, sean cañonazos, como usted se figura.

—Vamos: ya comprendo. Jamás ha oído usted la explosión de una pieza de artillería, sino á flor de tierra, y encajonado entre calles y casas. Ya no me admiro de su extrañeza. En la posición en que nos encontramos, es diferente; y si esto le ha parecido tan extraño y espantoso, figúrese usted cuál será la horrorosa confusión que reina en un combate naval, en que mil recias andanadas de artillería se suceden una á otra, cuando cada ola y cada nube es un eco, que se prolonga sabe Dios hasta dónde.

En efecto, tres ó cuatro cañonazos más, que disparó el baluarte de San Francisco, acabaron de convencerme. El viejo tenía razón; y ya ves cómo, sin la experiencia, nuestras lecciones de física en el colegio no sirven casi para nada. Si por casualidad me hubiese encontrado solo en aquel sitio, y en semejante coyuntura, acaso habria caído muerto de terror, al oír la miserable explosión de una pieza de á ocho, como lo era seguramente la que acababa de producir en mí tan alarmante efecto. Así, pues, si alguna vez subieses á la Eminencia, procura que esto

sea cuando la plaza haya de hacer alguna salva de artillería. Estoy cierto de que no hallarás exagerada la pintura que te hago.

Acordándome, en fin, de que era tarde, y que el camino que teníamos que emprender era corto, pero áspero y escabroso, y que las tinieblas harían, sin duda, mucho más difícil, invité á mi amigo para bajar la colina.

—Por lo que es eso, me repuso, no tenga usted cuidado ninguno. Cuando subimos, de intento le traje á través de aquellos bajos y arrecifes, porque deseaba yo que, de improviso, se encontrase usted gozando de esta perspectiva; y pues que la ha disfrutado á su sabor, fuera vez el consabido sustillo, bien podemos permanecer al ancla algún tiempo más, que emplearemos platicando. Luego marinaremos por un rumbo más corto y directo. Sentémonos.

—Me gusta la idea: nos quedaremos media hora más; pero es preciso que se resuelva usted á referirme alguna anécdota acerca de este sitio. ¿No sabe usted, por ventura, una de esas tan curiosas, de que siempre está provisto?

—¡Bah! más de veinte sé yo, que tienen conexión directa con la "Eminencia."

—A ver: desembuche usted, por Dios,

que ya sabe cuánto me agradan las pláticas de este género.

—Recordaré... vamos: ya estoy. Contaré á usted un cuentecito que ya es algo rancio; pero tiene que ver, nada menos que con esa piedra sobre la cual está usted sentado ahora.

Yo hice un movimiento brusco para incorporarme.

—Vamos, continuó el viejo; no sea usted tan espantadizo, que digamos, porque me quita usted la libertad de hablarle circunstanciadamente, y como yo quisiera. Vuelva usted á sentarse, y estese quieto.

Sentéme otra vez, no sin algún recelo, porque, como ya te he dicho, rara vez falta algún muerto en los cuentos de nuestro amo Germán.

—Bueno, prosiguió. El cuento tiene su cierto roce con un famoso pirata.

—¡Dios mío, con un pirata!

—Si, hombre: con un pirata. ¿Qué tiene esto de particular? Usted se estremece cada vez que oye hablar de un pirata cualquiera.

—¡Oh! esa es gente que me causa miedo é indignación.

—Pues yo.... la compadezco. Prosigamos.

—Sí: adelante.

—Pues, señor: estábamos, ó mejor dicho, estaban los de entonces en el año de 1685, y un holandés, llamado Laurent

Graff, más conocido con el nombre de "Lorencillo"....

—¡Ah, Lorencillo! Cuénteme, cuénteme algo de Lorencillo.

—Pues en eso estamos. Pues, señor: Lorencillo tomó á Campeche por sorpresa, formó allí su campo con trincheras, quemó y arruinó muchísimas casas; y aunque el castillo de San Carlos se había defendido bien, y se sostuvo hasta que consumió la última munición, al fin se dió á partido, porque no había otro remedio. El lugar era entonces muy rico: de modo que aunque se guardaron en los montes, sótanos y cuevas muchas alhajas preciosas y dinero, no obstante, el saqueo fué muy cuantioso. Era, á la sazón, teniente de capitán general en la villa, (que aun no era ciudad), D. Felipe de la Barrera, hombre firme y valeroso. Mantúvose en la parroquia, algunos días, muy bien atrincherado, mientras llegaba el auxilio que, desde Mérida, debía de enviar el gobernador D. Juan Bruno Fello de Guzmán. El capitán de los mulatos, llamado Lázaro del Canto, fué el primero que llegó; y con valor, denuedo y arrojo temerario, rompió el cerco que los ingleses habían puesto á la parroquia, y, con su compañía, introdujo á los sitiados un refuerzo considerable. Pero el teniente Barrera se encontró apuradísimo, en vez de mejorar de situación. Los víveres se

habían agotado absolutamente, y la tropa no podía resistir, por más tiempo, á los ataques del pirata, dueño de toda la población. Resolvió, pues, emprender una retirada, para incorporarse con el gobernador, que estaba tomando el fresco en Hampolol.

—¿Salió, rompiendo la línea enemiga?

—¡Oh! eso era bastante difícil, si no imposible; y además, habría perdido toda su gente, sin ventaja ninguna. Lo que hizo fué fugarse, dejando á Lorencillo con un palmo de narices.

—¿Pero, ¿cómo pudo ser esto, nuestro amo? ¡Usted se burla!

—Va usted á saberlo, y verá que no me burlo. Entre los vecinos que acompañaban á Barrera, había un marinero viejo, así como yo, del barrio de San Román. Llamábase el "tío Larrañaga," hombre de pelo en pecho, cartilla vieja de Campeche, y que sabía al pie de la letra todos los pasadizos y recovecos de la plaza. Llamó aparte al teniente, cuando estaba más apurado y sin saber qué harcerse, y le reveló un importante secreto, que por muchos años había guardado, por encargo de un cacique de Lerma, que fué grande amigo suyo. De resulta de esta revelación, dispuso el comandante que las tropas, armas á discreción, siguiesen en silencio al "tío Larrañaga," quien auxiliado de algunos hachones de viento

que se improvisaron, se acercó á una puertecilla que estaba oculta al pie del altar mayor, metióse por ella, en pos descendieron todos los que había encerrados en la iglesia, y pian, piano, al cabo de dos horas de marcha, á través de unos pasadizos húmedos y estrechos, unas veces subiendo, y bajando otras, desembocaron por un hueco, que hoy cubre esa losa en que está usted sentado.

—Según eso, quiere decir....

—Quiere decir lo que pocos saben todavía, á saber, que desde este sitio en que nos hallamos, hasta el altar mayor de la parroquia, existe un subterráneo, que estará ensolvado en algunos puntos; pero del cual deben existir restos considerables.

—Pues yo creo que esta tradición no debe olvidarse nunca, para que sirva de gobierno á los vecinos, por si alguna vez los piratas llegasen á posesionarse de esta altura.

—Ya se ve que sería bueno.

—Y ¿qué objeto se llevaría en la construcción de un camino tan singular?

—Eso pregúnteselo á los indios de su país, que aborrecían tanto á los conquistadores. No lo harían á humo de paja, que digamos: no.

En este momento, las iglesias de la ciudad dieron el toque de ánimas, y comenzamos á bajar el cerro. No me había

engañado el sepulturero. En tres minutos descendimos por una senda suave y corta. Despidióse mi amigo en la puerta del hospital, á donde llegamos á las ocho y media de la noche. Como yo tenía permiso para estar fuera hasta las nueve, ningún dependiente extrañó mi tardanza en aquella excursión.

Mucho interesó mi relato á Regino. Hoy he rogado encarecidamente al doctor Frutos, que haga el último esfuerzo, á fin de conseguir, antes de su partida, el correspondiente permiso de la autoridad política, para que mi pobre amigo salga, alguna vez, á respirar el aire libre. Yo tengo esperanza de que se conseguirá.

Adiós, mi querido Manuel. Soy siempre tuyo, amante hermano é invariable amigo.